

## MI AMIGO VÍCTOR. SU IRÓNICA SONRISA, SU PORTE, SU GORRITO Y SU VIEJA CARTERA DE CUERO

*Antonietta Potente<sup>1</sup>*

### Resumen

Con este artículo se rinde un emotivo homenaje a Víctor Codina, como amigo. A través de una prosa poética, la autora describe la personalidad y el pensamiento de Víctor, cuyas palabras transmitían la belleza y la simplicidad de la vida. Los espacios académicos y pastorales compartidos, fueron posibilidad para cultivar relaciones profundas e intensas de amistad con Él. El pensamiento de Víctor Codina está imbuido de humildad y se nutre de la tradición apofática

---

<sup>1</sup> Teóloga y escritora, de las Hermanas Dominicas de Santo Tomás de Aquino, con doctorado en Teología Moral. En Roma ha enseñado en la Universidad Pontificia "Angelicum" y en Florencia en la Facultad de Teología de Italia Central. En un salto existencial posterior, dejó Italia y se fue a América Latina. Vivió en Bolivia durante casi veinte años. Junto al pueblo boliviano compartió la llamada "guerra del agua" y acompañó el sueño político de un proceso de cambio. Viviendo la cotidianidad más absoluta, piensa y escribe. Las principales fuentes de su pensamiento son las Escrituras judeo-cristianas; el pensamiento sapiencial filosófico y teológico -en especial el de la mujer.

del cristianismo antiguo y del respiro del Espíritu. Su estilo sencillo y real en la teología es un reflejo de su manera de ser, incluso en su forma de vestir. El artículo incluye cariñosas anécdotas sobre cómo compartió momentos como amigo. La ausencia de Víctor deja un vacío en el corazón de su amiga Antonietta, pero su legado perdurará en sus recuerdos y en la huella que dejó en el mundo teológico.

**Palabras clave:** Víctor Codina, amistad, respiro del Espíritu, simplicidad de vida.

*"... allí donde la muerte no es acabamiento sino comienzo; y no una salida de la vida, sino el ir entrando en espacios más anchos, en verdad indefinidos, no medidos por referencia alguna a la cantidad."* (María Zambrano, Claros del bosque, Barcelona: Seix Barral, 1988, 45.)

No me gusta hacer memoria escrita de un amigo. No me gusta buscarlo en el *estrecho espacio de la cantidad*. Si lo hago debo en seguida volver al pasado; llamar a mi mente infinitos recuerdos: personas y lugares, palabras e imágenes que hoy debería explicar a otras y otros para, de alguna manera, convencerles de cuánto mi amigo Víctor Codina fue bondadoso, simpático y creativo en su vida y en su quehacer teológico. De por sí preferiría encontrar versos poéticos para decir quién era; palabras bellas, llenas de gratitud por haberle conocido a lo largo de mi andar; expresión de un goce profun-

do que tengo adentro por haberle escuchado, por haber leído tantas veces de muchas cosas, también cuando nos encontrábamos en lugares muy aburridos. De tal modo que las palabras de esta breve memoria sobre Víctor Codina las escribo como si fueran versos poéticos. Cada párrafo un verso en que se desliza la vida de una amistad muy discreta que no se cuenta según la cantidad del tiempo cronológico que pasamos juntos, más bien según la intensidad.

Su pensamiento cristalino; tan cristalino que cuando se leían sus textos, o se le escuchaba, todo parecía muy sencillo. Lo que digo lo testimonian aquellas palabras que él sabía esculpir en artículos y libros. Palabras que seguían la inspiración que la realidad sabía donarle; aquella inspiración que sabe dar la gente del pueblo con quienes vivimos. Palabras que explicaban lo más difícil con una belleza particular, porque él sabía que todo el mundo puede comprender la belleza. Esto era mi amigo Víctor Codina, que como un verdadero jesuita supo caminar con paciencia apoyando sus pies en aquellas huellas eclesiales, también cuando la ἐκκλησία (ekklesia) tardaba en encontrar su verdadero rostro y se extendía sobre coordenadas más jerárquicas que circulares. La vida de mi amigo fue larga y por eso tuvo la posibilidad de ver muchos aspectos de la vida misma y otros muchos de la iglesia. Y fueron precisamente la vida, la búsqueda teológica, el camino de la iglesia

y las inquietudes, lo que hicieron que nos encontráramos y al mismo tiempo los hilos que alimentaron nuestra amistad.

Nuestros caminos se cruzaron en Bolivia, en dos etapas: primero en Santa Cruz de la Sierra y luego en Cochabamba. Los espacios que nos hospedaban eran iguales y diferentes al mismo tiempo. La universidad, la Conferencia de religiosas y religiosos, pero también los espacios de la vida en donde él y yo vivíamos. En Bolivia pasamos muchos años, entrelazando con paciencia los hilos de aquel pensamiento que salía de abajo y que al mismo tiempo tenía algo profundamente divino, tan divino que nos daba la posibilidad de hacer teología sin ningún temor.

Si alguien me pregunta si Víctor Codina fue teólogo de la liberación, contestaría que sí, pero no solo. Víctor recorría aquella gran tradición del quehacer teológico que sabe quedarse en el umbral del Misterio. La teología de Víctor Codina libera, pero también nos hace gustar de aquel Misterio que no se deja decir solo con palabras y razonamientos, sino con la experiencia. Considero su pensamiento teológico atravesado por la tradición apofática del cristianismo más antiguo y abierto por el respiro del Espíritu. Creo que quedarse en el umbral lo que hizo de Víctor Codina un teólogo muy humilde y capaz de reconocer la teología que otras y otros creaban, también cuando se trataba de pensamientos muy distintos

de los que le eran propios. Por eso Víctor dejaba entrever en su figura aquella dulce y bella humildad que entrega libertad a nuestro pensar y gozo a nuestras vidas.

Agudo y simple, su pensamiento coincidía con su porte, tanto que, hasta su modo de vestir, su gorrito y su vieja cartera de cuero, mostraban su modo de ser. Para mí Víctor fue “presencia” y es eso lo que me falta: su presencia. Su irónica sonrisa que sabía aligerar la vida también cuando la vida era más complicada. Fue teólogo fiel desde su observatorio comunitario, desde su sencillez que lo hacía capaz de ayudar a quien estaba en lugares más conflictivos o más “encarnados”, como decíamos en aquellos años. De tal modo que sus muchos libros entran en la larga tradición de libros de teología de la liberación, pero también en la larga tradición de todos aquellos maestros y maestras de sabiduría que nadie sabe a qué teología pertenecieron y que, sin embargo, obedecieron a la divina inspiración.

Viajamos muchas veces juntos porque los dos formamos parte de la comisión teológica de la CLAR, en años en los cuales la visión estaba amenazada por la rigidez de la institución. Ni él ni yo hicimos de aquel estilo sencillo y real de una teología que ama la vida y sus protagonistas una ostentación, sino que, con la ironía que nos caracterizaba a los dos, leímos aquel momento sin miedo y seguimos con amor, amando a la gente más sencilla que es

alma de la verdadera ekklesia que se construye misteriosamente en el tiempo.

Vuelvo a las palabras de la filósofa española María Zambrano: *allí donde la muerte no es acabamiento sino comienzo; y no una salida de la vida, sino el ir entrando en espacios más anchos, en verdad indefinidos, no medidos por referencia alguna a la cantidad*. Quizás la teología no se defina en esta práctica, es decir, en la posibilidad de ir viviendo la vida *sin referencia alguna a la cantidad*; sino a un pensamiento de la experiencia que nace de nuestra propia transformación; reflexión que cuidadosamente, todos los días, sabe mirar la realidad en silenciosa contemplación y reconocer visiones que con humildad se transforman luego en palabras dichas y escritas para otras y otros. Valoro el quehacer teológico de Víctor en esta perspectiva.

El último “verso” de esta breve memoria de mi amigo Víctor, lo escribo contando una cariñosa anécdota. Tengo que decir que una mujer de espiritualidad dominica como soy yo nunca hubiera escogido un confesor jesuita, así que, para hablar de nosotros, él de sí y yo de mí, decidimos encontrarnos más o menos una vez al mes, fuera de los ámbitos universitarios o de trabajo, para irnos a comer un rico helado.

En fin, entienden por qué le extraño y por qué me hace falta mi amigo Víctor.